Hernán Cortés

Conferencia dictada por el Embajador de México, Licenciado Roberto Córdova, en la inauguración de la serie de conferencias organizadas por el "Instituto de Relaciones Culturales México-Costa Rica" el día 19 de noviembre de 1944.

En la capital de mi país hay un bello monumento que exalta las virtudes del último Emperador Azteca, pero, al mismo tiempo, significa una condena de su muerte injusta y cruel a manos de los conquistadores que, guiados por su concupiscencia, no vacilaron en aplicar el tormento al emperador indio, para arrancarle el secreto de sus riquezas. En una de sus paredes laterales, en bajo relieve de bronce, se reproduce la escena del martirio del emperador mexicano y del rey de Tacuba donde aparece Hernán Cortés presenciando el suplicio de esos dos héroes de la raza subyugada. Acostumbrado desde niño a este monumento, no he podido menos de preguntarme desde entonces, cuál es, en realidad, el criterio justo para juzgar en su conjunto la obra que los conquistadores realizaron en el Nuevo Mundo.

Hace algún tiempo, en 1938, visité la capital del Perú, y grande fué mi sorpresa al encontrar en la principal plaza de Lima, y como uno de los mejores monumentos de que se enorgullecen con justicia, que existe una hermosa estatua ecuestre de Pizarro, el conquistador de los Incas, que, émulo de Cortés, vino al Sur de América a realizar lo que su jefe y maestro había consumado en el Norte. Hermoso gesto de un pueblo agradecido que ha sabido comprender todo lo que nuestros países deben al genio español, a su grandeza aventurera y al enorme esfuerzo de energía, de valor y de decisión que representó traer al Nuevo Mundo, la civilización occidental. He procurado desentrañar, dentro de mis modestas capacidades, la verdadera personalidad del héroe, del militar más grande de la historia de América, ese Hernán Cortés que la estatua a Cuauhtemoc había dejado estereotipado en mi imaginación, como la del verdugo del pueblo mexicano que, no obstante, fué capaz de inspirar a otro conquistador de gran talla, de quien otro pueblo se siente orgulloso.

A los hombres se les conoce por sus virtudes y por sus defectos. Todos, por igual, poseemos unas y otros. Debe juzgársenos por el balance que de esas virtudes y defectos pueda hacerse. Pero cuando se trata de seres que, como Hernán Cortés, sobrepasan los límites del común de los mortales, colocándose por sus grandes hechos en una categoría aparte, hombres cumbres que, como las más altas montañas, primero reflejan la luz de la verdad o del saber que sólo mucho más tarde ha de descender a los valles de la gran masa, para disipar la penumbra de la ignorancia y falta de fe, a estos genios de la humanidad, no se les puede aplicar el simple y raquítico criterio que es suficiente para poder designar a un hombre con los calificativos de bueno o malo. Un solo hecho; un solo rasgo; un solo momento estelar de la vida de un héroe o de un genio, cuya trascendencia

profunda en los destinos de la humanidad resulta indiscutible, es capaz, en el juicio de la posteridad, para consagrarle todo su reconocimiento y toda su admiración, y hacer olvidar, por insignificantes, aquellos otros rasgos en que el héroe y el genio sólo se condujeron como simples seres humanos.

Visto de lejos, Hernán Cortés, brilla con toda la fuerza del más potente de los conquistadores, como sólo es perceptible la luz del diamante que ofusca y oculta todas sus facetas. Mas, al acercarnos, al hacer un cuidadoso examen para lograr conocer la verdadera razón de ese fulgor maravilloso que derrama sobre toda la historia, hallamos las características más encontradas que, reflejándose unas a otras, como sucede también con el diamante, produce ese resplandor que ciega y fuerza la admiración de las generaciones presentes y futuras.

Cortés era insaciable, dominante, calculador, despiadado, frío y cruel, pero, al mismo tiempo, y por encima de estas debilidades que lo enraízan a la tierra como a cualquier otro ser humano, Cortés era prudente, tierno, valiente, perseverante, enérgico, lógico, fuerte, audaz y generoso en grado superlativo. Son estas cualidades y defectos los que establecen su grandeza y los que, puestos en maravilloso juego, elevan a Cortés a las regiones en donde solamente moran los conductores de pueblos, aquellos que han sido capaces de crear grandes obras y de ejecutar grandes hechos, por la sola fuerza de su genio y con las solas armas de su inteligencia, de su energía y de su fe.

En la Historia de América, y por tratarse de ella en la Historia Universal, ocuparán siempre lugar de honor preferente, los descubridores como Colón, Ponce de León, Calnae y Magallanes, quienes dieron ser a nuestro Continente, cincelando su figura física por medio de sus viajes; los conquistadores como Cortés, Pizarro y Mem de Sá, que hicieron surgir el alma de los pueblos americanos, y los emancipadores Hidalgo, Washington y Bolívar que, conscientes de la plenitud y de la madurez de estas naciones, les aseguraron la vida independiente de pueblos libres y responsables. Pero, entre todos ellos se alza Hernán Cortés, como el gran creador no sólo de esas nacionalidades, sino también de una raza nueva. Gracias a él, los ciento cincuenta millones de hombres que habitamos este Continente, tenemos la gloria de entendernos en la excelsa lengua del Manco de Lepanto; por él también dejó de existir entre los Continentes de Europa y América, el océano que los separaba; gracias a él se forjó una nueva estirpe, una nueva generación que convive en el Nuevo Mundo, nuevo, como nueva era también la humanidad que Cortés concibió con la genialidad de un verdadero hombre del destino. Pueblo que él amó con el mismo amor que se profesa a los hijos, por el cual vivió su esforzada vida ejemplar, de carácter y de abnegación, y por el que tuvo una muerte llena de sinsabores y de desilusiones, muerte a la que parecen predestinados todos aquellos que dedican su vida, con pasión y con sacrificio, a la superación de sí mismos y de sus semejantes.

Sería imposible, en el breve tiempo de que dispongo, presentar a ustedes una figura completa del Gran Conquistador. Sólo quiero hacer resaltar aquí, uno de los rasgos de su carácter, el aspecto más interesante de la vida del héroe que juzgo fué la de mayor trascendencia para los destinos de México, de los países americanos de habla española y, sin lugar a dudas, también de la humanidad en su conjunto.

La figura de Cortés surge, ante la historia, en los precisos momentos en que dos Continentes y los seres que los habitan, se fusionan en el crucial de una lucha heroica entre dos culturas, dos civilizaciones, dos creencias antagónicas e irreconciliables. Cortés aparece en el escenario de la humanidad, en el momento en que se produce el choque entre Europa y América, y, de ese choque, surge como la chispa que inicia el fuego que ha de templar y en el que se han de amoldar las almas de dos pueblos igualmente viriles, orgullosos, llenos de tradición y de fuerza que, al fin y al cabo, habían de constituir una sola vida con iguales tendencias, iguales características y unificados por el mismo amor.

Sostengo que esa fusión sólo fué posible debido a la generosidad y a la energía de Hernán Cortés. Pienso que Cortés no sólo hizo que esas dos razas se unieran indisolublemente, sino que fué él quien, con verdadera penetración de visionario y profeta, y con toda la grandeza espiritual del hombre superior libre de prejuicios, fundó y creó en América el mestizaje, verdadera esperanza de nuestras naciones todas y que debe constituir también el orgullo más preciado de nuestros países.

Vive la humanidad, en estos momentos, horas tenebrosas de angustia y de zozobra. Europa, nuestra moderna Grecia—que no aprende aún a vivir en paz consigo misma y que tal vez nunca llegue a la superación de los impulsos puramente biológicos para sustituirlos por sentidas verdades del espíritu —se debate en la destrucción y en la muerte, en plena descomposición y víctima de odios ancestrales, de rencores y ansias de dominio que la han convertido en la Torre de Babel, en donde la confusión de las lenguas, como reza la maldición bíblica, ha traído el desconcierto y la destrucción de la obra cumbre de la humanidad, ese monumento a la sabiduría del espíritu que había de elevar al hombre por encima de los demás seres de la Creación hasta el firmamento de la "paz entre las naciones", de esa paz que anunciara el Divino Arcángel de Nazareth al nacer en el mundo el Cristo que siempre pregonara la bondad y el amor.

Cuando se reflexiona sobre la uniformidad de la cultura de los países europeos; cuando se compara su parecida contribución histórica al adelanto material y moral de nuestros tiempos; cuando se cotejan las grandes figuras de sus filósofos y hombres de ciencia y cuando el análisis más sutil resulta ineficaz para distinguir en ellos diferencias o contradicciones profundas o irreconciliables, y, por último, cuando en el plano superior del pensamiento no podemos dejar de atribuir igual valor a Shakespeare, Goethe, Dante, Moliere y a Cervantes; a Puffendorf, Lock y Rousseau, a Pasteur, Curie, Einstein y Marconi, es imposible rehuir la conclusión de que no es en el reino del espíritu y de la cultura en donde se incuba el gérmen de esas grandes catástrofes que han venido asolando el continente europeo desde tiempos inmemoriales. Fuerza es encontrar, entonces, la razón eficiente de ellas, en la diferente composición étnica de los grandes pueblos que se encuentran obligados a convivir, aglomerados, en una muy estrecha porción geográfica de nuestro planeta. Eslavos, celtas, germanos, sajones y latinos, en lucha inconsciente por sobrevivir e imponerse, en terrible struggle for life que adquiere agudos y patológicos caracteres sociales, económicos y patrióticos hasta llegar al grotesco grito de Deutchland Über Alles, se atacan periódicamente sumiendo en cataclismos de horror a

pueblos enteros que, desgraciada e inconscientemente, ponen todas sus energías y sus conquistas en la ciencia, del arte y de la industria al servicio de un desenfrenado deseo de exterminio de todos aquellos que, aunque piensan como ellos y en aspecto y en color son muy poco diferentes, no tienen un origen racial común y hablan en idiomas diversos.

Es imposible negar que el movimiento de la conquista de México no es sino uno de tantos episodios de la inconsciente, pero inexorable y muchas veces violenta subyugación de pueblos de cultura débil, por aquellos otros más preparados y más enérgicos, que por siglos han venido imponiendo su propia manera de pensar y de actuar. El imperialismo en América se inició con la entrada triunfal de Cortés en México. Esa acción expansiva europea, aún ahora, en nuestra misma América y en diferentes regiones del globo, mantiene la antigua pujanza y el mismo designio; la imposición de la civilización occidental, que con la misma intensidad con que la religión en la época cortesiana movía a los españoles, impulsa hoy a los conquistadores contemporáneos a derramarla por el mundo, avasallándolo todo, por medio de la persuación algunas veces, y no pocas, por el sólo efecto de la fuerza.

En esencia, presencia y potencia, Cortés era un europeo. Lleno tenía el carácter de la agresividad de sus contemporáneos, del deseo de dominio que caracterizó a España durante muchos siglos tanto en el interior de sus fronteras en sus luchas contra el moro, como cuando, desbordándose, vino a descubrir y a conquistar las tierras ignotas de América. Como producto tipo de esa civilización, que inició sus avances en los tiempos remotos de las cruzadas siempre amparada con el estandarte de la fe y de la redención de pueblos infieles, el conquistador lógicamente debió haber procedido hacia las tribus como más tarde lo hizo el colonizador anglo-sajón en el norte de este Hemisferio, destruyéndolas o reduciéndolas a la esclavitud, desalojándolas siempre de las tierras que eran el patrimonio natural de las poblaciones autóctonas. Lo lógico, lo natural, es que Cortés hubiera seguido la tradición y el ejemplo que los más ilustres Príncipes de España habían dado en su cruenta lucha con los árabes. Cuando el muy cristiano rey Fernando el Católico, después de árdua lucha entró a Málaga, condenó a la esclavitud a la población entera. Acostumbrado estaba también Cortés a ver a los propios españoles caer en la esclavitud y sufrir todos los rigores que ellos mismos imponían a los vencidos. Sin embargo, en la conquista de México, y durante toda su vida, Cortés se apartó cuidadosamente de estas prácticas crueles, porque siempre estuvo animado de las más altas miras de construir un nuevo imperio, de realizar una obra magna que ninguno de sus antecesores había tenido ni la grandeza ni la fuerza, ni la generosidad de concebir. Y no se diga que el cristianísimo Cortés no percibía toda la inmensa diferencia que separaba al español del indio; que no se crea que la mirada de águila del genio más grande de España no podía comparar al pueblo que conquistaba con la misma raza árabe enemiga ancestral del pueblo de su patria. Necesariamente Cortés se sentía, como aún nos sentimos los propios descendientes de nuestra raza híbrida, horrorizados por las terribles prácticas religiosas de las tribus aztecas. En más de una ocasión vemos a Cortés inflamado de ira que él consideraba santa, en contra de los dioses sanguinarios de los indios y lo vemos proceder con audacia

y con energía para imponerles, también por la persuación o por la fuerza, la ideología cristiana y sus bondadosas enseñanzas; pero, esencialmente, Cortés deseaba poblar las tierras nuevas en beneficio tanto de los españoles como de los indios. Fué esa su preocupación fundamental, la que más dominó su espíritu y de la que nuestra propia raza es no sólo testigo, sino su más exaltada gloria.

El ocho de noviembre de 1519, Cortés entró a la gran Tenoxitlán. Fué en esta fecha memorable cuando por primera vez se encontraron frente a frente Europa y América. Cortés se vió ante Moctezuma. Blanco era el conquistador; obscuro como el bronce el mexicano. Tenatiuh, nombre indígena que se daba al sol, fué el sobrenombre que los aborígenes dieron a Alvarado, tan rubio era. El encuentro lo describe magistralmente Salvador Madariaga, en su maravillosa biografía del Gran Capitán:

> *"Dió el español unos pasos hacia adelante y abrió los brazos. Era el gesto que aquel momento tenso dictaba a su cuerpo? Encarnación de un espíritu humano que frente a otro espíritu humano reaccionaba Rarmony, con su propio sentido íntimo, que era universal. El mundo cristiano abría sus brazos a lo desconocido en ademán a la vez de fraternidad y de absorción. Pero el abrazo no pudo consumarse porque los dos príncipes que custodiaban a Moctezuma extendieron el brazo formando barrera entre el cristiano y el azteca. El Utei Tlatoani era demasiado sagrado para que nadie lo tocare. El mundo mexicano era demasiado rígido y vigoroso para dejarse absorber tan fácilmente."*

El abrazo que Cortés ofreció a Moctezuma, aunque gesto de absorción, estaba también inspirado en la fraternidad, dice genialmente Madariaga. Este ademán pinta de golpe, y con vivísimos colores, todo el genio del conquistador y lo caracteriza definitivamente, distinguiendo por completo su figura histórica y su obra militar de todas las demás que otros pueblos y otras razas han llevado a cabo en diferentes continentes de la tierra.

En todos los momentos de su vida, en todos los actos de su fecunda existencia, lo mismo públicos que privados, en su íntima convicción y en su más profundo deseo, Cortés revela siempre su inquebrantable determinación de crear un imperio producto de la fusión de dos sangres: la española y la india. Jamás una indecisión; nunca cupo en él la más ligera vacilación ni el más insignificante titubeo. Lo mismo cuando organiza la economía de la tierra que cuando determina las relaciones biológicas entre ambas razas; lo mismo cuando se encuentra en América que cuando se halla en la madre patria, Cortés siempre amó, respetó e hizo respetar y admirar el pueblo indio. Al referirse el mismo Madariaga a las relaciones de los españoles y del propio Cortés con las mujeres indias, hace este maravilloso y verídico análisis:

> *"Mucho erraría quien pensara que la actitud de los capitanes españoles hacia aquellas muchachas indias, que las regalaban generalmente sus propios padres, se limitaban a una fácil satisfacción del placer sexual. Existía entonces en España una institución que intentaba combinar la santidad del*

matrimonio monógamo con las tendencias polígamas de la raza: la barragania. La barragana venía a ser una especie de concubina reconocida y oficial. Es pues natural interpretar la actitud de los capitanes de Cortés para con las jóvenes cacicas que les presentaban sus padres como una especie de barraganía. Venían a ser para ellos esposas en todo menos en el Sacramento. Ya hemos visto como les daban el "Doña", símbolo de nobleza que implicaba respeto y deferencia hacia ellas por parte de los soldados de filas. No eran esclavas, sino "Señoras". Más adelante hemos de ver como, cuando Cortés conquistó la amistad de Tlaxcala, el cacique principal de los tlaxcaltecas, Xicotencatl, le dió a su hija, que Cortés cedió a Alvarado. Bautizáronla con el nombre de Doña Luisa, "que ansí como se la dieron, toda la mayor parte de Tascala la acataban y le daban presentes y la tenían por su Señora, y della hobo el Pedro de Alvarado siendo soltero un hijo que se dijo Don Pedro e una hija que se dice Doña Leonor, muger que agora es de Don Francisco de La Cueva, buen caballero, primo del Duque de Alburquerque". En cuanto a Cortés, su hijo Don Martín Cortés, que tuvo en Doña Marina, fué Comendador de la Orden de Santiago. La actitud de los capitanes españoles para con estas cacicas era pues compleja; ni siquiera podemos asegurar que los que no se casaban con ellas lo hacían por superioridad racial, puesto que de existir este sentimiento se manifestaría por igual para con su progenie mestiza a la que, como hemos visto, y veremos todavía, distinguían y trataban con absoluta igualdad a nivel de sus hijos del todo blancos. Si procuraban permanecer solteros, era más bien por ambición, ya que esperaban que su gloria y su riqueza les abrirían las puertas de las grandes casas ducales de España, como sucedió en efecto con Alvarado y con Cortés. Pero, salvo el matrimonio, los españoles concedieron a sus barraganas indias todos los demás honores y privilegios que estaba en su mano darles, tratándolas con una igualdad absoluta social y racial.".

Esta conducta de los españoles, en sus relaciones con las mujeres indias no hubiera sido observada nunca si su Capitán no hubiera dado el ejemplo y no hubiera impuesto su propio criterio. Cortés obró en esta, como en tantas otras ocasiones, como un verdadero iluminado. En la cuarta carta que escribió al Emperador Carlos V, expresa su gran preocupación por lograr la población de las tierras de América en beneficio de ambos, españoles e indios:

"Como a mí me convenga buscar toda la buena orden que sea posible para que nuestras tierars se pueblen, y los españoles pobladores y los naturales de ellas se conserven y perpetúen, y nuestra santa fe en todo se arraigue... hice ciertas ordenanzas y las mandé pregonar... de algunas de ellas, los españoles que en estas partes residen, no están muy satisfechos, en especial de aquellas que los obligan a arraigarse en la tierra; porque todos, o los más, tienen pensamientos de se haber en estas tierras como se han habido en las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y destruirlas y después dejarlas; y porque me parece que sería muy gran culpa

a los que de lo pasado tenemos experiencia no remediar lo presente y porvenir, proveyendo en aquellas cosas por donde no nos es notorio haberse perdido las dichas islas mayormente siendo esta tierra, como yo muchas veces a vuestra Majestad he escrito, de tanta grandeza y nobleza, y donde tanto Dios uestro Señor puede ser servido y las reales rentas de vuestra Majestad, acrecentadas, suplico a vuestra Majestad las mande mirar."

Para Cortés primero está la grandeza y la nobleza de las tierras, la necesidad de no destruir lo que allí existía, su interés en conservar y perpetuar a los naturales de ellas, tanto como a los españoles mismos, y sólo como un hábil recurso político para obtener esta superior finalidad, hacia ver al Emperador la conveniencia de obrar en esa forma, para que el muy católico monarca acrecentara sus reales rentas. Obrando con la misma altura de miras, y con la misma profética visión que por sí solas son suficientes para forzar nuestra admiración, niégase siempre introducir la esclavitud de los indios en provecho de los españoles, y, cuando obligado ineludiblemente a actuar para resolver los graves problemas de la carestía de mano de obra y la abundancia de la tierra, su genio fecundo y su generosidad entran nuevamente en juego, creando una nueva solución: el depósito de indios. Al dirigirse al Emperador explicándole su concepto de este nuevo sistema a que lo forzaran las circunstancias muy a su pesar, dice:

"Como los naturales de estas partes eran de mucha más capacidad que no los de las otras islas, que nos parecían de tanto entendimiento y razón cuanto a uno medianamente basta para ser capaz; y que a esta causa me parecía cosa grave por entonces compelerles a que sirviesen a los españoles de la manera que los de las otras islas..."

Surge de nuevo ante nosotros en estas palabras el espíritu justiciero del gran conductor de hombres, que encuentra inhumano humillar a otros seres a los que admira y a los que quiere como formando ya parte integrante de su propio pueblo. Lo mismo actúa al distribuir el depósito a los indios que entrega por igual a españoles y a indios de noble alcurnia. Y cuando de gobernar se trata, Cortés no olvida la impresión de orden y de grandeza que desde un principio le infundiera el imperio azteca; a los nobles indios les da atribuciones políticas y los engarza y armoniza desde un principio en el gobierno de la colonia que desgraciadamente había de llegar a olvidar más tarde la sabia conducta del fundador de esta Nueva España.

Es, pues, Cortés un hombre de un género distinto a su propia raza, a su propia patria. Pertenece a una categoría única. Es el hombre más libre de prejuicios raciales que tal vez el mundo ha conocido. Lo atestiguan así todos sus actos, todas sus palabras, y toda su conducta. La raza mestiza del Continente Americano, unión indisoluble de españoles y de indios, existe y vive ahora por la sola, extraordinaria, generosa y admirable voluntad de Cortés. El impidió que sus capitanes consideraran a la mujer india como simple despojo de una raza moribunda y dominada, como botín de sus esfuerzos titánicos de conquista; hizo de ella, mujeres igual a la española a quien los hombres de todos los tiempos honran y rinden tri-

buto como depositaria del genio de la especie del honor y de la nobleza de su casta, a quien se le consagra el amor que sólo se reserva para las mujeres de su misma clase, categoría social y condición espiritual, a quien, en una palabra, se hace madre de sus hijos. Lejos de permitir el uso de la fuerza, como un instrumento para la satisfacción de instintos biológicos y bestiales, Cortés dignificó siempre la unión de las dos razas, elevando a la aborigen a su propia condición. Su libertad de todo prejuicio racial, lo revela Cortés en sí mismo, en su descendencia, en lo más sagrado que para él existía como hombre y como caballero. Cuando el nueve de enero de 1535 creó el mayorazgo de su casa, ordenó que si vinieran a faltar herederos legítimos, pasaría el marquesado y el mayorazgo a sus bastardos, casi todos ellos mestizos. Cortés no hacía distinción sentimental, social o económica, entre sus hijos legítimos o ilegítimos, españoles o indios. Y más tarde cuando redacta su testamento, tiene especial cuidado de asegurar a todos por igual, a quienes ha ennoblecido no solamente por concesión graciosa del Monarca su Señor, sino también por el hecho de ser hijos suyos y los primeros de una nueva y, para él, noble y gloriosa raza.

En México no existe ninguna estatua a Cortés, ningún monumento destinado a perpetuar en la memoria de los hombres sus proezas. Sin embargo, en sí no existe un sólo lugar del país, por más remoto que se le suponga, en que la obra de Cortés no aparezca al viajero y lo llene de asombro y de estupor. Tal parece que ahí donde Cortés ponía la planta, a la inversa de lo que sucediera con Atila, el gran conquistador de huno, al conjuro mágico de sus impulsos creadores, surgían palacios y catedrales que hablan de la inmensidad de sus decisiones y energías. El país entero es un homenaje al Conquistador y a España que él encarnó en América. Cortés no sólo fué el primer mexicano, sino aún más, el primer hispano-americano. Organizando una nación a la cual él perteneció por derecho ilegítimo de conquista, y por el muy legítimo del amor, Cortés edificó su propio mausoleo; al dignificar y ennoblecer a la raza por él vencida, erige y esculpe él mismo, con mano maestra y con el cincel de la gloria, el monumento más vivo y grandioso a su propia inmortalidad.

Batalla de continentes es la que esta generación nuestra ha tenido el privilegio y la desgracia de vivir; lucha entre pueblos y razas que se odian en vez de amarse, que se destruyen en lugar de trabajar armónicamente para el bien del hombre sobre la tierra; lucha que significa, en los destinos de la humanidad, un nuevo jalón en la aspiración constante de encontrarse a sí misma, de hallar la razón de su propia existencia y la finalidad para la que fué creada. Lucha ésta en que, por un absurdo del destino, por ambos lados encontramos las virtudes más excelsas, el sacrificio, la abnegación y el patriotismo, y de la cual han de surgir nuevamente vencedores y vencidos. El mundo otra vez va a encontrarse frente a la obra eterna que su destino le ha señalado, la reconstrucción espiritual y material de los hombres y de sus obras; tendrá que buscar un nuevo ajuste a sus diferencias políticas y económicas; encontrar un nuevo equilibrio que conduzca a la tranquilidad en las conciencias y en la vida, permitiendo el resurgimiento de las fuerzas creadoras y pacíficas que son el verdadero orgullo

y el patrimonio de los seres racionales. Nuestros más fervientes deseos se unen en estos momentos al de todos los hombres de buena voluntad en un voto de fe porque los que actualmente tienen en sus manos los destinos de las naciones, comprenden que la única salvación que nuestra humana inteligencia puede prever de las diferencias y rencores del pasado, se encuentra en la práctica y realización efectiva del espíritu que encarnó Cortés en su conquista con su generosidad para los vencidos. América que ha pretendido ser durante toda su historia la tierra del hombre libre, debe abrir sus brazos, como los abriera el Gran Conquistador, para acoger en su seno con fraternal ademán, a todos los hombres de todas las razas, credos y sentimientos que busquen en ella la esperanza de un Nuevo Mundo que, como Cortés lo quiso, sea el producto de todas ellas, puesto que todas son hijas del mismo Creador.

Monseñor Claudio María Volio y Jiménez

Por Berta María Feo

Magnate que levantó siempre sus pasos de apóstol a alturas donde resplandecen mirajes bellos de porvenir, *Monseñor Claudio María Volio y Jiménez* fué un luchador cuya ideología le trazó un camino, e incansable en recorrerlo, sembró el bien y marcó indelebles huellas en todo aquello que significó un progreso, poniendo su espíritu al servicio de un ideal de renovación y justicia.

Personalidad bien definida que se impuso por su inteligencia y cultura nada comunes, sus campañas en favor de los desvalidos, de las Instituciones de Beneficencia y de todas las causas nobles pusieron de relieve su vigorosa intelectualidad, y le colocaron en primera línea entre los hombres a quienes la Patria tendrá mucho que agradecer.

En constante actividad, su labor altiva y digna se desarrolló paulatinamente, sin vanos alardes, analizando los problemas sociales con cordura, estudiándolos sobre el terreno de las realidades y exponiendo su criterio sobre los mismos con la gallardía serena del que enseña y del que siembra, porque sus diversos aspectos eran domeñados por su prudencial clarividencia; y experto piloto no arrojó jamás el ancla a la ventura sino a los fondos inmediatos.

Manteniéndose en un plan de absoluto desprendimiento, ese patricio augusto para el que la púrpura parecía hecha ex profeso, rindió a Dios y a la Patria el acervo de su ilustración y actividades, y en sus manos consagradas florecieron los albos lirios que hacen a los hombres inclinarse respetuosos ante el Ministro del Altar, que lucha armado con el solo ministerio de su palabra, y en su corazón la rosa ígnea de una caridad bien entendida que anhela cambiar las viejas capas de nuestros pueblos, y formar ciudadanos laboriosos y conscientes, aptos para el ejercicio de sus derechos y prontos al cumplimiento de sus deberes.